

1901

10-19-1901

EL IRIS DE PAZ 19 de octubre de 1901

Follow this and additional works at: https://digital.kenyon.edu/espiritismo_elirisdepaz1901

Recommended Citation

"EL IRIS DE PAZ 19 de octubre de 1901" (1901). *1901*. 41.
https://digital.kenyon.edu/espiritismo_elirisdepaz1901/41

This Book is brought to you for free and open access by Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in 1901 by an authorized administrator of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.

EL IRIS DE PAZ.

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS

ORGANO DE PROPAGANDA Y ECO DEL MOVIMIENTO GENERAL ESPIRITISTA.

No te dejes apartar de tus deberes por cualquiera reflexión vana que respecto á tí pueda hacer el mundo necio, porque en tu poder no están sus censuras, y por consiguiente no deben importarte nada.

EPICTETO.

Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor concluyen donde empieza un sepulcro. Si el agitado sueño de la vida no es el reposo, no lo es tampoco el profundo sueño de la muerte.

MARIETTA.

ENTERED AT THE POST OFFICE AT MAYAGUEZ P.R. AS SECOND CLASS MATTER APRIL 5 TH 1901

¡ADELANTE!

La lucha es grande; lo sabemos! Se halla empeñada entre el antiguo Poder romano, que solo se apoya en la ignorancia de los pueblos sobre los que ejerce su imperio y el gran atleta del siglo XIX que trae por divisa la LUZ.

Empero; por más que los eternos enemigos del Progreso se enfurecen cada día para impedir la rapidísima marcha que han emprendido los pueblos que desean colocarse á la altura de la civilización, así en el orden moral como en el intelectual; por más que los monopolizadores de la verdad y la ciencia, comprendiendo que les es imposible dominar por más tiempo la voluntad de los hombres ilustrados, emplean, temerarios, sus últimos recursos, creyendo poder intimidar con sus amenazas á aquellos que hasta ahora habían sido débiles por

su misma ignorancia; á pesar de ésto, decimos, ¡EL MUNDO MARCHA!

La humanidad entera atraviesa en la actualidad un período de transformación.

La luz de la verdad se abre paso á través de todos los obstáculos; por insuperables que estos parezcan, y hermosa, esplendente y deslumbradora, se presenta ante la vista de aquellos que ansiosos la buscan.

Las añejas y falsas creencias, impuestas por los más crasos errores del fanatismo, van desapareciendo al calor que infunden las modernas y sólidas ideas, adquiridas por la persuasiva luz de la Razón.

El antiguo y derruido edificio del dogma de la "fé ciega," no pudiendo resistir los embates de esa gran oleada que se llama PROGRESO, gira ya sobre sí mismo para desplomarse, y en su caída arrastrará inevitablemente á los

que en vano se afanan por sostenerlo.

Consecuencia natural y lógica.

La terrible catástrofe que hoy se opera en el orbe católico, ha venido preparándose desde largo tiempo por la más inconcebible intolerancia clerical.

El exclusivismo en materia de fe y la imposición de ésta por la fuerza, ha dado por único resultado la decadencia de su prestigio moral y la emancipación de la mayor parte de sus "fieles."

Los hombres libres en su conciencia, son dueños absolutos de abrazar hoy la religión que más les convenga; la que esté más en armonía con los adelantos de la civilización actual.

Y no es por cierto la Apostólica Romana, tal como existe, la que puede satisfacer las aspiraciones de la humanidad.

Para que una religión pueda prevalecer en todos los tiempos, no debe permanecer estacionada. Por el contrario; á medida que el progreso avanza en todas sus manifestaciones; á medida que el mundo intelectual vá enriqueciéndose más y más cada día con los grandes conocimientos que son el resultado de las investigaciones científicas, las ideas religiosas, á fin de no quedarse postergadas en el camino de su perfección, necesariamente tienen que abrir nuevos horizontes, sirviéndonos de faro luminoso que pueda guiarnos por todos los senderos de la vida.

¿Y podrá guiarnos por buen camino una religión que se halla en pugna constante con todas las conquistas adquiridas por la Ciencia; que pretende privar al hombre hasta del sagrado derecho de pensar por sí propio?

¿No sacrificó el Santo Oficio al ilustre é inmortal Galileo porque, dando un soberano mentís á los teó-

logos de aquellos tiempos, probó matemáticamente el movimiento de la Tierra?

¿No perseguía la Iglesia por "hereje" á todo el que proclamaba una verdad, que ponía en evidencia las que élla sostenía en sentido contrario?

Pues con poca diferencia, hoy sucede lo mismo.

Verdad es que no se quema ni se ahorca á los herejes como en aquella época; pero no se deja de hacer esa piadosa obra por amor á la humanidad, sino porque la Inquisición no sería hoy tolerada pacíficamente por los pueblos, y porque no hallaría protección como la tuvo con monarcas tan "cristianamente" celosos de la religión como Felipe II y Carlos el Hechizado.

Por eso la persecución de la Iglesia romana, en su impotencia contra los impíos, ha quedado reducida á Encíclicas, anatemas y excomuniones.

Por élla todos estamos condenados.

Es pecado grave en el hombre, rendir culto á la Razón, para pensar libremente.

Es crimen y grande ser masón, liberal, progresista, libre-pensador, espiritista; en fin, todo aquello que pueda ilustrar al hombre y ponerlo en posesión de nuevas verdades.

¡Increíble parece tamaña contradicción! Jesús, el primer reformista del mundo, el sabio sobre todos los sabios, murió ignominiosamente en una cruz por emancipar al hombre del horror de las tinieblas; por legarle AMOR, LIBERTAD Y CIENCIA: y hoy, en pleno siglo XIX, los que se dicen ser ministros é imitadores de Cristo, niegan al hombre el uso de tan sagrados y legítimos derechos!

¿Sabeis por qué?

Porque es preciso que la humanidad permanezca siempre á oscu-

ras en todo aquello que con más claridad debiera ver; que no piense, que no discurra. Y así, á ciegas y embrutecida, ignorante y supersticiosa aceptará lo que se le imponga y creará lo que se quiera que crea.

Esta es una gran verdad y no habrá quien pueda negarla.

Los pueblos ignorantes pueden manejarse más fácilmente que los que no lo son. Y mientras la ignorancia exista; mientras el hombre crea que Dios puede enojarse por las faltas que cometamos, y que para desagraviarle, para aplacar su cólera divina, es preciso hacerle fiestas, pagarle promesas á los santos y andar en romerías y procesiones, estará siempre á merced de aquel que sepa sacar partido del temor y superstición.

Nosotros comprendemos la necesidad de una religión que, sin mistificaciones de ninguna especie, sin pretender imponerse jamás á las conciencias ni abrogarse los legítimos derechos que pertenecen exclusivamente al hombre, ayude á éste á realizar el fin más grande que ha venido á cumplir sobre la tierra: el progreso de la humanidad, impulsado por la Caridad y la Ciencia.

La Moral pura del Cristo ha sido siempre el frondoso árbol bajo cuya benéfica sombra se han cobijado los corazones que buscan la paz en el amor de sus semejantes; la doctrina que predicaba el Divino Maestro contiene las más sublimes máximas que puede practicar el hombre sobre la tierra.

Pero los fariseos de todos los tiempos, los que no han tenido reparo en comerciar hasta con las cosas más santas, adulteraron en su esencia la pureza de tan bellísimo legado,

Por eso será grande la lucha!

Por eso los explotadores de las conciencias, que se ven hoy ataca-

dos y perjudicados en sus "intereses," rugen y blasfeman, maldicen y excomulgan á los que, armados de un corazón recto y no queriendo consentir por más tiempo que se abuse de la sencillez é ignorancia de algunos espíritus débiles, les arrancan la máscara con que hipócritas se cubren, para presentarlos á la faz del mundo con todas sus deformidades,

Así cabe proceder y así nos lo demanda nuestro deber de hombres honrados. No importa que se pretenda hacernos enmudecer: "á las buenas causas sobran siempre buenos defensores" que en todas partes y á todas horas estarán dispuestos para llenar tan sagrada misión.

Lucharemos un día y otro día hasta conseguir disipar las nieblas que envuelven el pensamiento humano, haciendo comprender el derecho que asiste á cada hombre de ejercitar por sí mismo su razón para que pueda ser digno obrero de la ilustración del siglo en que vivimos.

F. Aparicio Melendez.

22 de Enero de 1888.

REALIDADES.

I

En una noche de invierno,
Cubre las calles la nieve,
Y en la ciudad que dormita
Todo en silencio se envuelve,
Solo se escuchan los brindis
Y los ecos de un banquete,
Y mientras suenan las horas
En el reloj, que no duerme,
Como oculto centinela
Entre la vida y la muerte,
Una mujer, llora triste,
En un miserable albergue,
Por que el hijo de su alma,
Cándido lirio inocente;

Con débil voz, balbuceando,
Le pide pan.... y no tiene!
Y el niño, lanza un gemido,
Muere de hambre y de fiebre!

II

Vosotros los que, en la vida,
Ningún dolor os conmueve
Y gozais de la fortuna
Los inagotables bienes,
Cuando entre risas y brindis
Disfruteis de los banquetes,
Saboreando los manjares
Y el vino de los placeres,
Acordaos de esas noches,
En que el invierno inclemente
Cubre el cielo de neblinas,
Viste las calles de nieve,
Que allá, en lecho solitario
Y sin calor el albergue;
¡Cuántos seres infelices
Mueren de hambre y de fiebre!

JOSÉ AGUSTÍN APONTE.

Aguadilla.

LO VERDADERO Y LO BUENO.

Entre las cartas llegadas á mi poder con motivo de mi reciente artículo "Noches de verano," cuya conclusión era que la astronomía eleva el alma, agranda las ideas, ilumina las conciencias y hace mejor al hombre, figura una q. impugna esa deducción. A ella pertenecen las siguientes observaciones: "Es evidente que si todo el mundo fuera astrónomo, habría más tranquilidad; pero, sin embargo, los hechos no prueban que la ciencia mejore el espíritu.

El doctor Lapommerais, Eyraud, Ciamp y Prado, no ignoraban, ciertamente, que la tierra es un planeta que gira alrepedor del sol,

y aún sabían muchas otras cosas; lo que no evitó que fuesen horribles bandidos."

Conviene responder á esta observación, porque no es aislada; hasta es frecuente y se repite seriamente por algunas personas.

Sin duda el saber y la moralidad no tienen entre sí relación inmediata. Pueden encontrarse ladrones y aún asesinos muy instruidos. Pero ¿quién no estima, reflexionando sin preocupaciones, que las gentes científicas entretienen el espíritu en una atmósfera de serenidad y de paz muy alejada de los instintos brutales de la animalidad, y que ya hay en esto una prenda de seguridad, desde el punto de vista social? Por otra parte, no es del saber, de la instrucción propiamente dicha, de lo que he querido hablar; sino del espíritu científico, y en particular, del espíritu astronómico.

Se me objeta que el doctor Lapommerais, asesino por sed de riquezas, debía de saber que la tierra es un planeta girando alrededor del sol. Así lo admito. Pero, ¿qué es lo que esto prueba? No basta con saber. Es preciso comprender y sentir.

Recordaré una frase memorable que dice: "La letra mata, el espíritu vivifica." Si nos detenemos en la corteza, no comprenderemos nada. Yo digo que el que está animado del espíritu filosófico de la astronomía, no puede ser un mal sujeto.

Escuchemos un instante la voz del cielo. El infinito nos rodea por todas partes. Cada estrella de la inmensidad es un sol inmenso irradiando de toda su superficie focos de luz, de calor, de electricidad y de vida. El globo que habitamos pertenece al pequeño sistema de una estrella, á nuestro sol.

El Universo se nos aparece como un espacio eterno y sin límites, poblado de miríadas de mundos, los unos actualmente habitados en todas las etapas del progreso intelectual, los otros difuntos, los otros aún en la cuna, y sentimos que la época en que vivimos no tiene importancia especial, que no es superior á las que nos han precedido ó á las que nos seguirán, que la duración de una humanidad entera pasa como una sombra y que nuestro planeta no es más que una minúscula provincia en el conjunto de los mundos. Nuestra especie humana terrestre se muestra á nuestros ojos mediocre é imperfecta como su habitación planetaria; pero con sus imperfecciones y sus miserias, se muestra al mismo tiempo en evolución secular, que la eleva gradualmente por un progreso incontestable de sus facultades y de su poder.

Al mismo tiempo, también sentimos, comprendemos que el valor real de un hombre no consiste en la fortuna que ha podido recibir de sus antepasados, ni en una partícula ó un título cualquiera para adorno de su nombre, ni el lugar social que puede ocupar, ni en el traje ó en las marcas exteriores que puedan decorarlo: sino únicamente en el valor intelectual ó moral de su espíritu. Tenemos el mismo sentimiento, las mismas convicciones sobre la grandeza de los pueblos, y juzgamos que su verdadero valor es su valor intelectual y no su fuerza material. Hace justamente cien años, Francia y su jefe militar regían el Universo. ¿Qué queda de ello hoy? Y sin embargo, ¿qué son cien años en la historia de la humanidad? ¡Un segundo, un instante fugitivo y rápidamente disipado!

Por todo esto es por lo que pode-

mos decir que si los gobiernos se inspirasen del espíritu filosófico de la Astronomía, no hubiesen enviado soldados á China, ni los campos del Africa del Sur se hubiesen ensangrentado con sangre de los boers y los ingleses. Somos bárbaros, locos que toman las apariencias por realidades, somos principalmente esclavos como en los tiempos en que Esteban de la Beocia escribía su hermoso discurso sobre "La servidumbre voluntaria."

Hombres animados del espíritu astronómico no serían ni bárbaros, ni locos, ni esclavos. Jamás habrían cometido la falta de revocar el edicto de Nantes, de ordenar las matanzas de Saint-Barthelemy, de guillotinar á Lavoisier, Bailly, André Chenier, Romme, Fabre d'Eglantine y tantos otros hombres honrados. La filosofía astronómica es una luz, y esa antorcha, no puede jamás degenerar en pábilo. Me responderéis que las ciencias en general y la astronomía en particular no son accesible á todo el mundo. Es otro error,

Basta con poseer las nociones astronómicas elementales, con conocer las verdades esenciales de esta ciencia sublime, con saber donde se está y lo que se es en la inmensa armonía de la creación. Los malos instintos no pueden germinar en una tierra tan cultivada. Sonriese uno ante las ambiciones, las vanidades y las riquezas humanas, y se vive en una atmósfera luminosa y tranquila, sin poder admirar que un hombre haya de explotar á otro, ya abusando de su credulidad, ya imponiéndole el yugo de la fuerza. Pero los que piensan así forman todavía la excepción. Los políticos no están á su lado. Baste con leer los discursos de soberanos y estadistas para apreciar que el espíritu astronómi-

co es ageno á sus creencias. Datan de Napoleón y aún de Carlos V.

Lo verdadero y lo bueno son las dos ramas de un mismo árbol. Ninguna ciencia, ninguna contemplación nos coloca, como la Astronomía, frente á la verdad; ninguna nos pone como ella en comunicación con el infinito. Si en el silencio de la media noche nuestra alma ha volado hacia las playas estelíferas de la vía láctea; si ha comprendido que la inmensidad es sin límites, y que un viaje de cien mil años con la velocidad de la luz no nos hace avanzar un solo paso en el espacio; si el vértigo del infinito y de la eternidad la ha herido una sola vez, ella ve á nuestro planeta errante gravitar como á sus hermanas alrededor del sol, que vaga á su vez en el desierto estrellado; ve la historia de las naciones correr como una onda y perderse en la nada; busca las conquistas de Alejandro y la de los Faraoes, el imperio de Augusto y el de Carlomagno y asiste á la disolución gradual de todos los sueños de la ambición; las estatuas de piés de barro caen una tras otra, y no queda más que el espíritu, que las verdades adquiridas, que las conquistas del pensamiento. De todas las naciones desaparecidas, una sola brilla aún á sus ojos como una estrella inextinguible; la Grecia minúscula, el archipiélago microscópico de las olas de azur, la patria de Homero, de Pitágoras, de Platón, de Fidias; la tierra de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, que los imperios más inmensos de los tiempos modernos no han eclipsado jamás. El que está penetrado de esas imágenes, de esas ideas, de esas convicciones, ve en la humanidad una sola familia, en las fronteras divisiones arbitrarias y funes-

tas, en la historia toda entera un solo fin: el "progreso del pensamiento." Esta filosofía científica hállase libre de toda preocupación y de todo interés material, y sus adeptos viven en la luz, en la armonía y en la verdad.

Camilo Flammarion.

París 29 julio 1901.

De "Lumen."

OFRENDA DE AMOR.

Dulce, encantadora avecilla del espacio, detén tu pensamiento, salva con tu rápido vuelo la inconmensurable distancia que de tí me separa y ven á recoger mi ofrenda de amor, como recoge Dios la oración del pobre náufrago de la vida, en el rudo batallar de una existencia infortunada: vuela, si, hacia mí y llévate en tus alas escondido, todo mi pensamiento que es tuyo: deja que de cuando en cuando el soplo de tu aliento lo perfume y dale vida con el fuego sacrosanto de tus divinos, brillantes ojos, despidiendo rayos de refulgente luz en la sombría noche de mi vida.

No sigas tu camino aun, ven á reposar en el templo de mi alma, que allí hay un altar donde se adora tu nombre, donde se bendice tu memoria, donde el pensamiento vela y reanima siempre mis esperanzas, que nacen bellas y hermosas de este continuo delirar de mis ensueños.

No huyas de mí, no te alejes, no, del que lleva en su frente el sello del dolor, del que duerme atado al ferreo yugo de la tiranía, del esclavo que hoy lucha por su emancipación y ambiciona el calor de un sol de libertad: yo tambien, como

tu, quiero ser mariposa del cielo, tierna avecilla de blanco plumaje en las auroras celestes del infinito: onda de luz en las inmensidades de un cielo azul; botón de rosa en los vergeles divinos: yo también quiero besar tu frente y depositar mi ósculo de amor en ese tu hermoso pensamiento para que al estallar ese beso en nuestras almas, rápidas, convulsivas, transfórmense en una unidad individual y entrelazadas así para siempre, con la eternidad delante, surcar en ondas vaporosas el infinito mar de la existencia eterna, porque tu espíritu es luz, tu pensamiento, amor, tu aspiración, Dios.

JOSÉ REYES CALDERON.

Muros invisibles.

En Querendo (México) existe una casa que fué habitada por el coronel Marrón. Este señor, jefe de guerrillas durante la guerra contra los franceses, mandaba una partida de 1400 hombres, todos ellos de la peor especie. Terminada la guerra con la muerte de Maximiliano, Marrón se retiró á Querendo y tomó posesión del edificio que nos ocupa, casa grande y cómoda, capaz para alojar á cincuenta individuos. ¿Qué títulos tenía Marrón para posesionarse de aquella casa? Nadie los ha sabido, como nadie ha sabido tampoco lo que en ella sucedía. Lo único q. traspasaba sus muros era el rumor de las fiestas, la zambra de las orgias, las detonaciones de los ejercicios de tiro que casi á diario se celebraban allí. De tanto en tanto salía Marrón con sus partidarios, todos bien armados, á recorrer los contornos: eran

una partida de bandoleros que desbalijaban á todo el que encontraban al paso. El coronel ocupó la casa de que tratamos desde el año 1874 al 1890; en esta última fecha, ya anciano, enfermó y murió.

Puesta en venta la finca, la adquirió el abogado D. Nicolás Valdemoro, que se había establecido en la ciudad dos años antes de la muerte de Marrón. Era Valdemoro un hombre que frisaba en los cincuenta, y tenía en su compañía á su esposa Elena, tres hijos de doce á dieciocho años y como una docena de domésticos.

El público hablaba mucho del espíritu inquieto de Marrón, que se paseaba durante la noche por la casa, sin que fueran obstáculo ni los muros, ni las puertas cerradas. Por regla general los domésticos paraban poco en la casa, á lo más algunos semanas, pues salían de ella horrorizados por los ruidos insólitos que continuamente se oían. El abogado se hizo excesivamente nervioso, y aunque manifestaba á sus amigos que ni temía ni le preocupaban las apariciones, resolvió demoler la casa y construir en su solar otra más cómoda y de estilo más moderno, pretextando que por la mala disposición interior de ella su señora no podía conservar á la servidumbre.

Pasó año y medio, la familia Valdemoro pudo tomar posesión de la casa recién construida. Antes de penetrar en ella la bendijo el cura de la parroquia, y durante el banquete con que se festejó el suceso, los convidados convinieron en que los espíritus habían sido arrojados de allí para siempre más. Esto llevaba trazas de cumplirse; pues hasta el año pasado nada se notó; pero en el año pasado volvieron los ruidos con tal pertinencia, que cualquiera diría que estaba allí el

coronel Marrón con toda su banda de salteadores.

El gran orgullo de Valdemoro consistía en su colección de cuadros al óleo, adquiridos por él mismo en Europa, que se complacía en enseñar á sus amigos y huéspedes mientras disertaba sobre su valor artístico. Una mañana entró en una habitación y vió indignado que la mayor parte de los cuadros, arrancados de sus marcos, andaban por el suelo. Llamó á los domésticos, les interrogó y todos protestaron de rodillas de su inocencia. Su sinceridad de siempre y su espanto de aquel momento les justificaba. Una semana más tarde los cuadros volvían á ocupar sus marcos y sus sitios, y otra vez volvieron á rodar por los suelos, solo que en esta ocasión cayeron no más que los de más mérito, y, por añadidura, fueron rasgados en sus extremos. Púsose furioso el abogado y se fué á ver al inspector de policía: éste puso á su disposición á los más experimentados de sus agentes para que vigilaran y sorprendieran al autor. Vigilaron durante diez días sin ocurrir nada, y el undécimo, oyeron de pronto el ruido de la caída de los cuadros y la ruptura de los marcos. Salen de sus escondites, llaman al dueño de la casa, corren todos al salón y comprueban el irreparable desastre; pero no ven nada. Evidentemente los intrusos no eran hombres de carne y hueso ni gustaban de bellas artes. Los cuadros fueron descolgados, embalados y sacados de la casa y aun de la ciudad; el cura exorcizó el edificio y todo quedó en calma por algunos meses.

En el verano pasado, durante la hora de la siesta de uno de sus más calurosos días, fué enviada la doméstica á buscar un vaso de agua al comedor. Regresó al momento diciendo que se había construi-

do un muro en medio del comedor que obstruía el paso. Fué entonces la dueña de la casa, y chocando contra el muro, cayó al suelo desvanecida por el encontronazo. El abogado estaba ausente: cuando regresó á su hogar se encontró á su señora en cama con elevada fiebre. Se enteró de lo que había pasado, y trató de imbéciles así á su señora como á los domésticos. Al día siguiente quiso penetrar en su biblioteca para consultar un libro y tropezó con otro muro invisible al que podía golpear con su puño. Se retiró sin decir una palabra. Poco después volvió, y volvió á encontrar el muro rudo y duro al tacto, pero invisible. Llamó á los vecinos y todos pudieron apreciar el hecho, hasta que, de pronto, desapareció el estorbo y quedó establecida la comunicación por toda la casa.

Hace algunas semanas reaparecieron los muros invisibles. Valdemoro llamó á un arquitecto y le encargó tomara las medidas y levantara el plano de la construcción insólita. Cosa extraña; el dibujo reproduce casi exactamente el plano de la antigua casa derruida. En vista de esto, la familia Valdemoro ha desalojado la casa, que continúa desocupada.

(“Irish Wold,” de New-York.)

De “Lumen.”

Salvado por un sueño.

EPISODIO VERDADERO.

El Dr. B. un reputado médico que ejerció en un pueblo en las afueras de Lincolnshire, soñó una noche, que había sido atacado y

asesinado por tres hombres. Quedóse dormido y de nuevo tuvo el mismo sueño. Esto volvió á ocurrir por tercera vez; un poco más tarde fué despertado por el agudo sonido de la campanilla. Levantose al momento y como preguntase quien llamaba fué respondido por un extraño quien le encareció fuese al momento donde la Sra. L. en la villa de C. como á tres millas distante del pueblo. El Dr. contestó que le daría medicina y que iría por la mañana.

Esto nó satisfizo al extraño, más el Dr. B. recordando el sueño que había tenido, se dirigió á su gabinete llevando consigo una pistola cargada, el cañón de la cual dejó intencionadamente fuera del bolsillo, allí compra algunas medicinas las que dió al visitante prometiéndole ir al romper el día. El hombre vaciló, pero tomándolas medicinas alejóse del lugar. A las 7 de la mañana el Dr. B. fué á la villa donde se enteró de que ninguna señora L. vivía en el vecindario.

Pasaron muchos años, como un cuarto de siglo desde que ocurrió lo relatado, cuando un día pasando el Dr. B. por la villa de C. fué llamado para que viese á un moribundo. Habiendo subido los escalones de una cabaña fué conducido á un pequeño cuarto, allí en una cama, el Dr. reconoció el rostro de una persona que había visto en otra ocasión. El enfermo fijándose con curiosidad en los ojos del Dr. preguntóle si había alguna esperanza. Como la respuesta fuese de que solo le quedaban pocas horas de vida, el moribundo contestó que deseaba hacer una confesión. El fué, dijo lleno de emoción, el mismo individuo que visitó al Dr. la noche que refiere esta historia en la cual y en unión de

dos hombres más habían tramado el despojarle de sus bienes y asesinarle si hubiese hecho resistencia.

¡Bendita Caridad!

Antier llegó á esta ciudad una infeliz campesina padeciendo un tumor en uno de sus pechos horriblemente hinchado. Además, estaba también en estado interesante. Llegó sola, desamparada buscando en nombre de Dios algún ser humano que la amparase. Por suerte de la pobre, álguien la llevó á casa de un querido amigo nuestro que se distingue por la bondad de su alma y cuyo nombre no publicamos por no herir su modestia. Nuestro amigo la recogió encargando sus asistencia al no menos humano é ilustrado Doctor Vadi quien generosamente se prestó á asistir á la enferma. Apenas operada esta, hubo necesidad de correr en busca de una comadrona, y pocos momentos después la infeliz campesina era madre nuevamente, librándose tal vez de haber dado á luz en la calle ó en cualquier rincón donde se hubiese arrastrado.

Actos de esta naturaleza y su pronto socorro hacen brotar lágrimas de compasión. Vaya en estas líneas una calurosa felicitación al hermano querido y al ilustrado doctor Vadi quien en su honrosa profesión habrá tenido muchas veces que ser como en esta ocasión, caritativo y generoso.

¡Bendita sea la Caridad!



PENSAMIENTOS.

Donde empieza el perdón, concluyen el odio y las malas pasiones.

* *

Morir es evolucionar hacia la perfección.

* *

La tolerancia del bien es un cauce por donde corren las cristalinas aguas de la igualdad, la fraternidad y la libertad.

* *

La modestia es una luz á la sombra, y el orgullo es una sombra á la luz.

* *

La fé que se pierde es para un alma, lo que para el universo sería la pérdida de una de las leyes que rigen su materia.

Ldo. Mariano Riera Palmer.

DINERO DE LOS POBRES.

**¡Acordaos de las viudas de los pobres,
y de los huérfanos!**

Los hermanos y amigos que nos envien lo que puedan, les estaremos agradecidos. Llevaremos sus donativos al hogar sin luz, donde lloran niños huérfanos, y exista una miseria que remediar.

Semanalmente daremos cuenta del estado de la caja de caridad.

NOTICIAS.

DE ORO.—Así pueden titularse los bellos pensamientos que venimos publicando, debidos á la galana pluma de nuestro muy querido amigo y hermano Licenciado Riera Palmer.

En breve daremos á la publicidad gran parte de tan bellos pensamientos.

Hemos recibido las siguientes publicaciones espiritistas con las que gustosamente cangeamos.

"The World's Advance Thought and the Universal Republic," de Portland, Oregón, E. U. A. "The Philophical Journal," de San Francisco de California. "Freya," de Mercedes, Buenos Aires.

Nuestro afectuoso saludo.

CONTINUAN^{**} LOS ESCANDALOS EN SEVILLA.

EL PUEBLO FRENTE AL EJERCITO.

ASALTO DE UNA IGLESIA.
SAQUEO DE DOS MERCADOS

Dicen de Madrid con fecha 16 del corriente que el gobernador de Sevilla á pesar del lujo de fuerzas desplegadas por las autoridades militares, el pueblo ha hecho frente al ejército originándose serios conflictos en medio de las calles.

Los perturbadores han asaltado la iglesia del Salvador, dando gritos en contra del clero.

Después se dirigieron á dos mercados saqueándolos completamente y repartiéndose los artículos que expendían los vendedores.